

El mandamiento de amar

Seguimos en el relato de la Última Cena. En este pasaje Jesús nos revela cómo y cuánto nos ama, y nos deja un único mandamiento, de cuyo cabal cumplimiento depende no sólo nuestra felicidad en este mundo, sino en la vida eterna.

REVISIÓN DESGLOSADA DE Jn 15, 9-17;

15, 9 COMO EL PADRE ME AMÓ, YO TAMBIÉN OS HE AMADO A VOSOTROS;

«Jesús usa un término de comparación absolutamente insuperable, y casi diríamos increíble, si no fuera dicho por Él...nos dice que el amor que Él nos tiene es como el que el Padre le tiene a Él, o sea que Él, el Verbo eterno, nos ama con todo su Ser divino, infinito, sin límites, cuya esencia es el mismo amor...No podrá el hombre escuchar jamás una noticia más alta que esta «buena nueva» ni meditar en nada más santificante; pues, como lo hacía notar el beato Eymard, lo que nos hace amar a Dios es el creer en el amor que Él nos tiene.» (BdS, p. 3475).

REFLEXIONA:

Éste es uno de esos versículos que debemos tener grabados con letras de oro en nuestro corazón, y recordarlo con frecuencia, porque colma con creces todo lo que podemos anhelar y que jamás hubiéramos podido esperar ni imaginar: que Jesús nos ame como el Padre lo ama.

¿Cómo es el amor con que el Padre ama a Jesús y con el que Jesús nos ama a ti y a mí? Conviene reflexionar sobre dos aspectos:

El primero es que es un amor que tiene las características que anhelamos hallar en el amor, y por ello nos hace sentir plenos, gozosos, agradecidos, felices. Consideremos algunas de estas características:

Es eterno. Eso significa que nos ama desde antes de siquiera crearnos, y no se acabará nunca. En este mundo los amores necesariamente son pasajeros, sea porque quienes nos aman nos dejan de amar o porque la distancia o la muerte nos separan. Ninguna persona puede saciar nuestro anhelo de contar con que seremos amados para siempre. ¡Sólo Dios nos ama desde siempre y para siempre!

Es incondicional. No depende de nuestros méritos, o lo perderíamos fácilmente. No aumenta si nos portamos bien, ni disminuye si nos portamos mal. Como dice san Pablo, la prueba de que el Señor nos ama es que dio Su vida por nosotros cuando éramos pecadores (ver Rom 5,8). Jesús nos ama como somos. Cuando nos pide que en algo cambiemos, por ejemplo que superemos un pecado, un vicio, una mala actitud, no es para poder amarnos, sino porque ese cambio nos hará libres, nos beneficiará, nos ayudará a alcanzar la santidad a la que Él nos llama. En este mundo corremos siempre el riesgo de que quienes amamos se decepcionen de nosotros y dejen de amarnos. En cambio Jesús nos ama, seamos como seamos, hagamos lo que hagamos.

Es total. No escatima, no nos da un pedacito de Su corazón y se reserva el resto. Nosotros a veces amamos, y somos amados, a cuentagotas. Pero Jesús nos ama a plenitud, nos da todo Su amor, no se reserva nada.

El segundo aspecto, que no siempre tomamos en cuenta y definitivamente no siempre es de nuestro agrado, sino todo lo contrario, es que el amor con que Jesús nos ama es un amor que no sólo no nos libra de sufrir, sino que permite que suframos, cuando de ello puede obtenerse un bien mayor, aunque de momento no lo captemos. Y, desde luego, nos sostiene en nuestro sufrimiento. Consideremos que el Padre nos envió a Su Hijo amado a salvarnos, permitió que padeciera, que fuera golpeado, escupido, flagelado, cargado con la cruz y crucificado. Permittedo todo ese sufrimiento terrible porque nos trajo la salvación. Así que si Jesús nos ama como lo ama el Padre, cabe esperar que también pueda permitir que vivamos momentos dolorosos, incluso de gran sufrimiento, porque sabe que

contribuirán a nuestra santificación. Hay gente que cuando le toca sufrir se siente como abandonada o no amada por Dios. Se equivoca. Dios no deja de amarla porque permita que sufra. Es que Él ve el sufrimiento como un medio que puede ayudarla a purificarse, a crecer en virtudes, a encaminarse hacia la salvación. Y por Su amor se asegura de sostenerla, consolarla, fortalecerla.

En suma: el hecho de que Jesús nos ame como el Padre lo ama, sacia como nada ni nadie en este mundo, nuestro anhelo de ser amados, con un amor eterno, incondicional y total. Pero no nos libra de sufrir; de lo que nos libra es de sufrir solos, pues Sus manos amorosas nos sostienen en cada paso del camino.

PERMANECED EN MI AMOR.

Así como los sarmientos deben permanecer en la vid (ver Jn 15, 4-5), los discípulos deben permanecer en comunión con Jesús y con el amor del Padre, mediante una obediencia amorosa. (Martin & Wright, p. 258):

Jesús nos hace una invitación a permanecer en esa privilegiada dicha del que se siente amado, para enseñarnos a no apoyar nuestra vida espiritual sobre la base deleznable del amor que pretendemos tenerle a Él (véase como ejemplo Jn 13, 36-38), sino sobre la roca eterna de ese amor con que somos amados por Él. (BdS, p. 3475).

REFLEXIONA:

Nos lo pidió antes (ver Jn 15,4), y nos vuelve a pedir que permanezcamos en Su amor. ¿Qué significa esto?

Por una parte, nos invita a darnos cuenta de que aunque Su amor por nosotros es eterno, incondicional y total, no nos lo impone, no nos obliga a aceptarlo, podemos rechazarlo, elegir quedarnos fuera, por eso nos pide que no hagamos esa elección, que no elijamos quedarnos fuera, sino que permanezcamos en Su amor.

Por otra parte, permanecer en Su amor significa vivir en el amor, vivir amando, siempre elegir amar, amar a Dios, amar a los demás, amarnos a nosotros mismos. Hacer el esfuerzo para que lo que pensemos, digamos, hagamos y dejemos de hacer esté motivado por el amor, y específicamente por el amor de Dios, que es incondicional, generoso, bondadoso, oportuno, sanador, esperanzador.

Ahora bien, es importante recalcar que nosotros no tenemos la capacidad de amar así. Nuestro amor suele ensuciarse de deseos posesivos, intereses egoístas, consideraciones convenencieras. Sólo si permanecemos sumergido, por así decir, en el amor de Jesús, sólo si nos dejamos rodear e inundar por Su amor, podremos amar a los demás con un amor como el Suyo.

15, 10 SI GUARDÁIS MIS MANDAMIENTOS, PERMANECERÉIS EN MI AMOR, COMO YO HE GUARDADO LOS MANDAMIENTOS DE MI PADRE, Y PERMANEZCO EN SU AMOR.

A quien se pregunte en qué consiste eso de permanecer en Su amor, Jesús le da la respuesta: consiste en guardar Sus mandamientos, así como Él guardó los mandamientos de Su Padre.

El auténtico amor a Jesucristo lleva consigo el esfuerzo por guardar los mandamientos divinos y, ante todo, el mandato del amor fraterno a la medida de la cruz de Cristo. La exigencia de estos mandamientos no es ya el temor, sino el amor: es la respuesta a Dios que nos ha amado primero, y nos ha mostrado Su amor en la cruz de Jesús. (BdN, p. 9716).

Ver Jn 8, 29; 1Jn 3, 23-24;

REFLEXIONA:

Permanecer en el amor de Jesús no consiste en limitarnos a sentirnos amados por Él, y «sentir bonito». No se trata de una cuestión de meros sentimientos, sino de actitudes, de modos de vivir, de reaccionar, que deben estar conformados a los Suyos, ser como lo Suyos. Hemos de pedirle no sólo que sintamos Su amor, sino que que amemos lo que Él ama, a quienes Él ama, como Él ama.

15, 11 OS HE DICHO ESTO, PARA QUE MI GOZO ESTÉ EN VOSOTROS, Y VUESTRO GOZO SEA COLMADO.

«No puede existir para el hombre mayor gozo que el de saberse amado así... Todo el Evangelio es un mensaje de gozo fundado en el amor.» (BdS, p. 3475).

REFLEXIONA:

Dice un dicho que «un cristiano triste es un triste cristiano» en el sentido de que quien tiene a Cristo en su vida no tiene motivos para la tristeza o el desánimo. No sólo porque Él nos fortalece para enfrentar lo que sea, sino porque nos comunica Su gozo, un gozo que no depende de cosas o de situaciones, sino que brota continuamente, inagotablemente, fuente continua de una alegría y una paz inquebrantables.

15, 12 ÉSTE ES EL MANDAMIENTO MÍO: QUE OS AMÉIS LOS UNOS A LOS OTROS COMO YO OS HE AMADO.

Jesús reitera Su mandato de amar (ver Jn 13, 34).

Éste es el mandamiento Mío:

En un tiempo en que había más mandamientos que días en el año, Jesús les recalcó que Él sólo les daba un mandamiento.

que os améis los unos a los otros como Yo os he amado.

Es decir que no amemos a los demás con nuestras solas fuerzas ni con nuestro raquíico modo de amar que suele estar teñido de egoísmo, celos, envidia, etc, sino que amemos como Él nos ama.

REFLEXIONA:

El distintivo del cristiano es el amor. Dejarse amar por Dios, permanecer en Su amor e irradiar ese amor. De eso se trata todo. Es lo que nos debe distinguir, es sobre lo que seremos examinados en nuestro juicio particular al morir y en el Juicio Final. No hay nada más importante en la vida que amar. Ni el dinero, ni la salud, ni el placer, ni el poder, ni nada de lo que el mundo ofrece. Sólo el amor vale la pena.

A santa Faustina Kowalska, religiosa polaca, Dios le concedió visitar en espíritu el Purgatorio y hablar con almas que estaban allí purificándose para poder entrar al Cielo. Y los entre los remordimientos que las atormentaban, ocupaba el primer lugar el de no haber amado más durante su vida; no haber amado más y mejor, con más ternura y paciencia, a su propia familia; no haber amado con compasión y verdadera caridad, a los necesitados; no haber amado con mayor entrega y pureza de intención a Dios. Si hubieran tenido otra oportunidad, hubieran vivido amando, pero ya no la tenían. Nosotros sí la tenemos. Todavía vivimos en este mundo, todavía tenemos tiempo de empeñarnos en amar, en hacerlo todo por amor, con la gracia de Dios.

15, 13 NADIE TIENE MAYOR AMOR QUE EL QUE DA SU VIDA POR SUS AMIGOS.

La prueba del amor del Padre es que nos entregó a Su Hijo (ver Jn 3, 16); la prueba del amor del Hijo es que aceptó venir a salvarnos y dio Su vida por nosotros (ver 1Jn 3, 16).

REFLEXIONA:

No lo sabían pero Jesús se estaba refiriendo a Sí mismo, para que cuando sucediera, recordaran Sus palabras y comprendieran que daba Su vida por amor a ellos.

Tengamos siempre presentes las palabras de san Pablo acerca de la muerte de Jesús: *õMe amó y se entregó a Sí mismo, por miõ* (Gal 2,20). Tómalo personal, fue por ti, por amor a ti, para rescatarte del pecado y de la muerte, que Jesús aceptó morir en la cruz.

15, 14 VOSOTROS SOIS MIS AMIGOS, SI HACÉIS LO QUE YO OS MANDO.

15, 15 NO OS LLAMO YA SIERVOS, PORQUE EL SIERVO NO SABE LO QUE HACE SU AMO; VOSOTROS OS HE LLAMADO AMIGOS, PORQUE TODO LO QUE HE OÍDO A MI PADRE OS LO HE DADO A CONOCER.

Abraham, cuya fe es citada como ejemplo, y que hizo todo lo que Dios le pidió, por difícil que esto fuera, fue el primer hombre al que Dios llamó *amigo* (ver 2Cron 20, 7; Is 41, 8).

Jesús plantea õun contraste entre dos tipos de relaciones. Primero, la relación de un amo con sus siervos, en la que los mandatos son dados y obedecidos por la autoridad del amo y respaldados por la fuerza. Luego la Suya, que no da Su mandamiento como en una relación de amo y esclavos, sino en un contexto de amistad. Los discípulos deben amarse unos a otros porque eso es lo que Jesús, su amigo, ha hecho por ellos y pide de ellos.õ (Martin & Wright, p. 259).

õNotemos esta preciosa revelación: lo que nos transforma de siervos en amigos...es el conocimiento del mensaje que Jesús nos ha dejado de parte del Padre. Y Él mismo agrega cuán grande es la riqueza de este mensaje, que contiene todos los secretos que Dios comunicó a Su propio Hijo.õ (BdS, p.3475).

REFLEXIONA:

õEn las cortes de los reyes, había un selecto grupo de hombres llamados *amigos del rey* y tenían acceso al monarca a cualquier hora, incluso podían entrar en su habitación al inicio del día. Hablaba con ellos antes de hablar con sus generales y hombres de estado. Los amigos del rey eran los que tenían la conexión más cercana e íntima con él. Jesús nos llama a ser Sus amigos, amigos de Dios. Es una oferta tremenda. Significa que ya no necesitamos mirar anhelantes a Dios desde lejos; ya no somos como esclavos que no tienen ningún derecho a entrar en la presencia de su amo; no somos como la multitud que sólo puede contemplar al rey de lejos cuando pasa ante ellos en alguna solemne ocasión. Jesús nos ofrece la intimidad con Dios, para que ya no sea para nosotros un distante extraño, sino nuestro Amigo cercano.õ (SR, p. 367).

REFLEXIONA:

õDios mismo nos hizo Sus amigos, en lugar de Sus siervos...Nos dio un patrón de amistad, para que lo sigamos. Hemos de satisfacer los deseos del amigo y revelarle los secretos que guardamos en nuestros corazones, y no pasar por alto Sus confidencias. Mostrémosle nuestro corazón, que Él nos abrirá el Suyo.õ (san Ambrosio, Deberes del Clérigo 3, 22.135).

15, 16 NO ME HABÉIS ELEGIDO VOSOTROS A MÍ, SINO QUE YO OS HE ELEGIDO A VOSOTROS,

• Jesús había dicho antes: *«Nadie viene a Mí si el Padre que me envió no lo llama»* (Jn 6, 44). El padre obra para traer a la gente a la creencia en Jesús para que puedan recibir, a través de Él, la vida eterna. (Martin & Wright, p. 2599).

• Hay en estas palabras de Jesús un inefable matiz de ternura. En ellas descubrimos no solamente que de Él parte la iniciativa de nuestra elección; descubrimos también que Su Corazón nos elige aunque nosotros no lo hubiéramos elegido a Él. Infinita suavidad de un Maestro que no repara en humillaciones porque es *«manso y humilde de corazón»* (Mt 11, 29). Infinita fuerza de un amor que no repara en ingratitudes, porque no busca su propia conveniencia (1Cor 13,5). (BdS, p.3476).

REFLEXIONA:

Decía el Papa Francisco que Dios *«nos primereó»* para significar que nos amó primero. Ver 1Jn 4, 7-11;

REFLEXIONA:

• ¡Qué asombrosa gracia! Por lo que éramos antes, Cristo nos ha elegido de entre los malvados y perdidos. No creíamos en Él, como para ser elegidos por Él. (san Agustín, Tratados sobre el Evangelio de Juan, 86, 2).

Y OS HE DESTINADO PARA QUE VAYÁIS Y DEIS FRUTO, Y QUE VUESTRO FRUTO PERMANEZCA;

• El fruto que el Padre espera...es que se amen unos a otros. (Martin & Wright, p. 259).

REFLEXIONA:

En una encuesta que se realizó hace unos años, se pidió a los encuestados que mencionaran a tres personas que hubieran sido trascendentes en su vida. Y todos sin excepción mencionaron a alguien que le amó, que les hizo un bien, que les ayudó. Es que los frutos que permanecen, son los frutos del amor. Lo que se hace cuando se permanece en el amor de Dios.

DE MODO QUE TODO LO QUE PIDÁIS AL PADRE EN MI NOMBRE OS LO CONCEDA.

Reiteró Jesús lo que les dijo antes (ver Jn 14, 13-14).

Y, como en el comentario de esa clase, conviene aquí mencionar que no hay que malinterpretar esta promesa de Jesús. Pedir en nombre de Jesús no es una fórmula mágica que garantice que el Padre nos conceda lo que sea que le pidamos. Pedir en Su nombre consiste ante todo en amoldar nuestro corazón a Su voluntad, y desde ahí, pedir lo que necesitamos. Sólo nos concederá lo que sea para nuestro verdadero bien, conforme a Su sabia y amorosa voluntad. Ver 1Jn 3, 22;

15, 17 LO QUE OS MANDO ES QUE OS AMÉIS LOS UNOS A LOS OTROS.

Un solo mandamiento: amar. Y ¿qué es amar?, ¿En qué consiste? Santo Tomás de Aquino nos da una estupenda definición. Dice que amar es desear y procurar el bien del otro.

õÉl nos amó primero, y continúa amándonos, para que también nosotros podamos responder con amor...El amor a los demás sólo es posible con base en un encuentro íntimo con Dios, un encuentro que se vuelve comunión de voluntad, que incluso afecta mis sentimientos. Entonces aprendo a mirar a la otra persona no sólo con mis propios ojos y sentimientos, sino desde la perspectiva de Jesucristo. Su amigo es mi amigo.õ (Papa Benedicto XVI, *Deus Caritas Est* 17-18).

REFLEXIONA:

õEl mandamiento de Jesús de amarnos unos a otros como Él nos ama, es fundamental en la vida cristiana (ver C.C.E. #1827). Es tan simple y sin embargo tan difícil. Cuando contemplamos la cruz desde la fe, vemos revelado el amor de Dios, un amor que se dona totalmente para el bien de otros. Es el mismo amor que Jesús nos pide practicar. Una de las razones por la que es tan difícil amar como Jesús es porque somos pecadores, metidos en nuestro egoísmo y soberbia. Para amar como Dios ama debemos morir constantemente a nuestro propio pecado y egoísmo y vivir para Dios.

Necesitamos la ayuda de Dios para amar a otros de este modo. Para producir frutos de amor, debemos permanecer en la vid y ser podados por el Padre...Necesitamos permanecer y crecer en comunión con Jesús a través de la oración, los Sacramentos, las obras de penitencia. A través de estas prácticas espirituales, nos abrimos a la acción de Dios en nosotros, morimos cada vez más a nosotros mismos y nos amoldamos a la voluntad del Padre.õ (Martin & Wright, pp. 260-261).

REFLEXIONA:

õEs innegable que sin caridad, aunque los mandamientos sean obedecidos y se realicen grandes obras, éstas serán consideradas obras de iniquidad, porque los que las hacen tienen como meta la gratificación de su propia voluntad.õ (san Basilio el Grande, tratado sobre el Bautismo, 1.2).

REFLEXIONA:

õLa mayor prueba de amor es ésta, amar a la persona que está contra nosotros. Por eso Aquel que es la Verdad misma, soportó el sufrimiento de la cruz y sin embargo, amó a Sus perseguidores diciendo: *Padre, perdónales porque no saben lo que hacen* (Lc 23, 34). El Señor vino a morir aun por Sus enemigos, y sin embargo dijo que daría Su vida por Sus amigos, para mostrarnos que cuando somos capaces de ganarnos a nuestros enemigos amándolos, aun nuestros perseguidores son nuestros amigos.õ (san Gregorio Magno, Cuarenta homilías del Evangelio, 27).

REFLEXIONA:

õCuando nos amamos unos a otros, amamos a Dios. Porque no sería verdadero el amor con que nos amamos, si no amamos a Dios. õ (san Agustín, *Tratados sobre el Evangelio de san Juan*, 87, 1).

REFLEXIONA:

Haz Lectio Divina con el texto que vimos en esta clase (leerlo despacio, meditarlo, orarlo). ¿Qué te llama la atención?, ¿por qué? ¿Qué respuesta despierta en ti?, ¿Qué respuesta darás?